

CASTILLA

TIERRA SIN FRONTERAS

POR
FERNÁNDEZ FIGUEROA

El viajero puede adentrarse de mil modos por Castilla, a condición de que en sus alforjas de caminante, junto al condumio y al trago de vino, ponga una pizca siquiera de literatura. Va a serle imprescindible. Castilla con Santander, Burgos, Logroño, Soria, Segovia, Valladolid y Avila: las siete provincias teologales del mapa nacional—es un descubrimiento de la España de ayer mismo, en la casi medida en que, a su vez, España fué, siglos antes, un descubrimiento de Castilla. El romancero, la poesía y la leyenda han pasado por aquí. Su fresca huella está en el rojo río de sangre que corre hacia el mar, en el canto del gallo que despierta el alba; en la azul comba del cielo; en los cipreses monacales; en el aire y sobre las veletas de las altas torres... Es un rastro indeleble encima de las piedras, que puede seguir con la nariz el viajero. De día y de noche, como los conejos en el coto, cruzan por esta pura tierra «antiturstica» ánimas en pena que son la mitad de nuestra Historia y buena parte (sin duda la más grata a Dios) de la historia del mundo.

PLAZA DE ARMAS

Nunca hemos oído llamar así a Castilla. Y, sin embargo, eso ha sido al correr de los años: el disparadero de la conciencia europea. Le cuadra mejor que lo de «pequeño rincón». Un rincón es un palmo de tierra entre cuatro paredes, sumido en intimidad, y en Castilla, patio de armas de España, la intimidad ha muerto bajo los cascos de los caballos y el grito de los jefaltes que marchan al combate. Fernán González, los siete infantes de Lara, Myo Cid.

«Pasando van las sierras, e los montes, e las aguas»

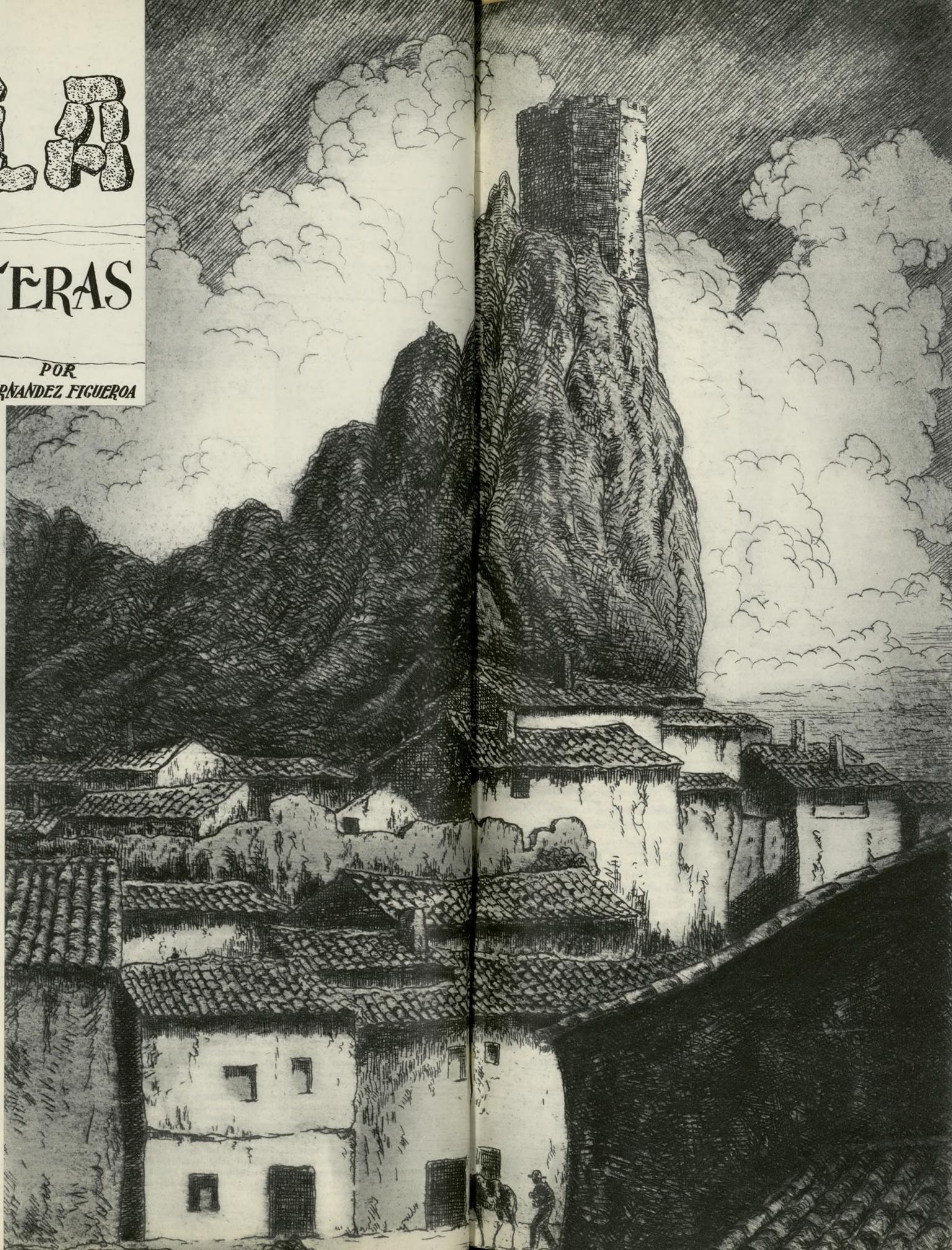
Son como troncos en movimiento, duros de corazón, y una oscura savia que sube de su raíz les empuja siempre hacia adelante. Castilla los ha armado de su dinamismo. ¡Abajo los límites!

Sahagún, Carrión, Viver, San Esteban de Gormaz, Daroca. La hueste aguerida hace parada y fonda en el itinerario beligerante. Medinaceli—Ortega lo ha visto muy claro—, a la altura de un ave de presa, «es una formidable alusión de heroísmo lanzada sobre seis leguas a la redonda contra la morisma». ¡Abajo el infiel!

El mundo es «uno» en la mente de Dios y tiene que ser «uno» en el país de los hombres, piensa Castilla, disponiéndose a dejar los huesos en la hazaña maravillosa. Los campos de conquista serán otros. Otros las armas y el lance. Otro el enemigo. La gramática ha de ser la misma. Hay que rezar y cantar en buen romance castellano. ¡Abajo la forre de Babel!

SED

Si ha caminado mucho el viajero, saque la bota de vino y beba. Agua no la encontrará en todo el contorno. Castilla, salvo frescos manchones de verdor, es seca y amarillenta, del color de la sed. Una ardiente brasa bajo el sol, de la que saltan chispas, ceniza. La tierra antiturstica por excelencia: no diga el viajero que no se lo advertimos. Sus caminos polvorientos, de areniza, el viento los desmantela en el otoño, y en invierno los hace de barro. Para andar por ellos—«polvo, sudor y hierro»—fueron escritas las palabras del poeta, y en Castilla, «que desprecia cuanto ignora», la primavera no existe. Menos aún en esta Torreón y viejas casas de Castilla por excelencia de los Campos Góticos, del Frijas. Aguafuerte de Casado.



páramo vasto y desolado. Castilla de la prueba del fuego, con lagartos y jaramago entre las piedras, donde parece mentira que haya podido levantar el hombre su casa ni las cigüeñas sus nidos.

Respirar se hace difícil. Escuecen los pies. En las manos, pesadas como pájaros con el plomo dentro, el viajero siente los sordos y gordos latidos del corazón. Ni de lejos ni de cerca se ve una sombra. Sólo allí arriba, muy arriba, más arriba todavía, algo se cierne sobre el cerro. ¿Será la muerte? Mira haciendo pantalla con el antebrazo, y nada ve. Pero aún no es la muerte, aunque en mucho se lo parezca al viandante poco entrenado en estos trotes. Es la vida. La sed de vida intemporal y antimundana de Castilla. Vida de paramera. Vida de desierto para hombres de día de juicio final. Vida de muerte y resurrección.

«A lo lejos—dice «Azorín»—, cuando subimos a una altura, descubrimos la lejana ciudad; refulge el sol en la cúpula de su iglesia... En los alledaños están los paradores para los trajineros que desean continuar su viaje, después del descanso, sin detenerse en el pueblo.»

ADOBES

¿Qué pueblo es éste? No gastemos tiempo en averiguarlo. Todos los pueblos de Castilla son iguales, se distinguen mal entre sí y malísimamente de la tierra donde crecen.

Váis en el tren; de improviso oís anunciar al mozo de estación: «Ruipérez... ¡Un minuto!» Os asomáis a la ventanilla. ¿Dónde está Ruipérez? La tierra, a trechos ocre, es de un pardo claro de lobo. Al otro lado del caserío de ladrillos, donde han gritado ¡un minuto!, sobre un repecho pardo, está el pardo Ruipérez. Canfundido con la tierra; de tierra sus calles, las casas y hasta las esquinas de sus casas, construidas de tierra pura, con adobes. «Más lejos, cierra el horizonte una pincelada zarca de la sierra... El cielo está limpio, radiante, azul; unas nubecillas blancas y redondas caminan ahora lentamente por su inmensa bóveda. Las puertas están cerradas; las ventanas están cerradas también.»

Comenzáis a comprender: los pueblos en Castilla, son un pretexto. Apenas una concesión que la tierra, dueña y madre, ha hecho al hombre para su refugio. Dentro de ellos, lo que se llama sociedad, vida ciudadana de relación, no tiene sentido. Aquí lo primero es la tierra, y la tierra es barro, y el barro desconoce la urbanidad. Sirve para hacer adobes cuando se moja; eso es todo. Una casa de adobes, en realidad, sigue siendo un subterráneo, la «cueva» prehistórica, habitación del hombre no corrompido por el becerro de oro. Quiero decir que Castilla, y esto se entiende sin dificultad, pare en alguna medida hijos que gustan de entenderse directamente con su Dios: místicos. Varones adámicos, desprovistos de vestiduras, acostumbrados a dormir sobre la tierra, con sólo la tierra, pero la tierra entera, por patria.

¿Existe verdadera y realmente Ruipérez? Miráis con medio cuerpo fuera de la ventanilla, hacia la izquierda y hacia la derecha. Los cerros color lobuno ahí siguen. La tierra magra y parda, entre la que los hombres meten su vida, ahí sigue también. ¿Dónde está, pues, Ruipérez, que no aparece? Ruipérez es una irrealidad.

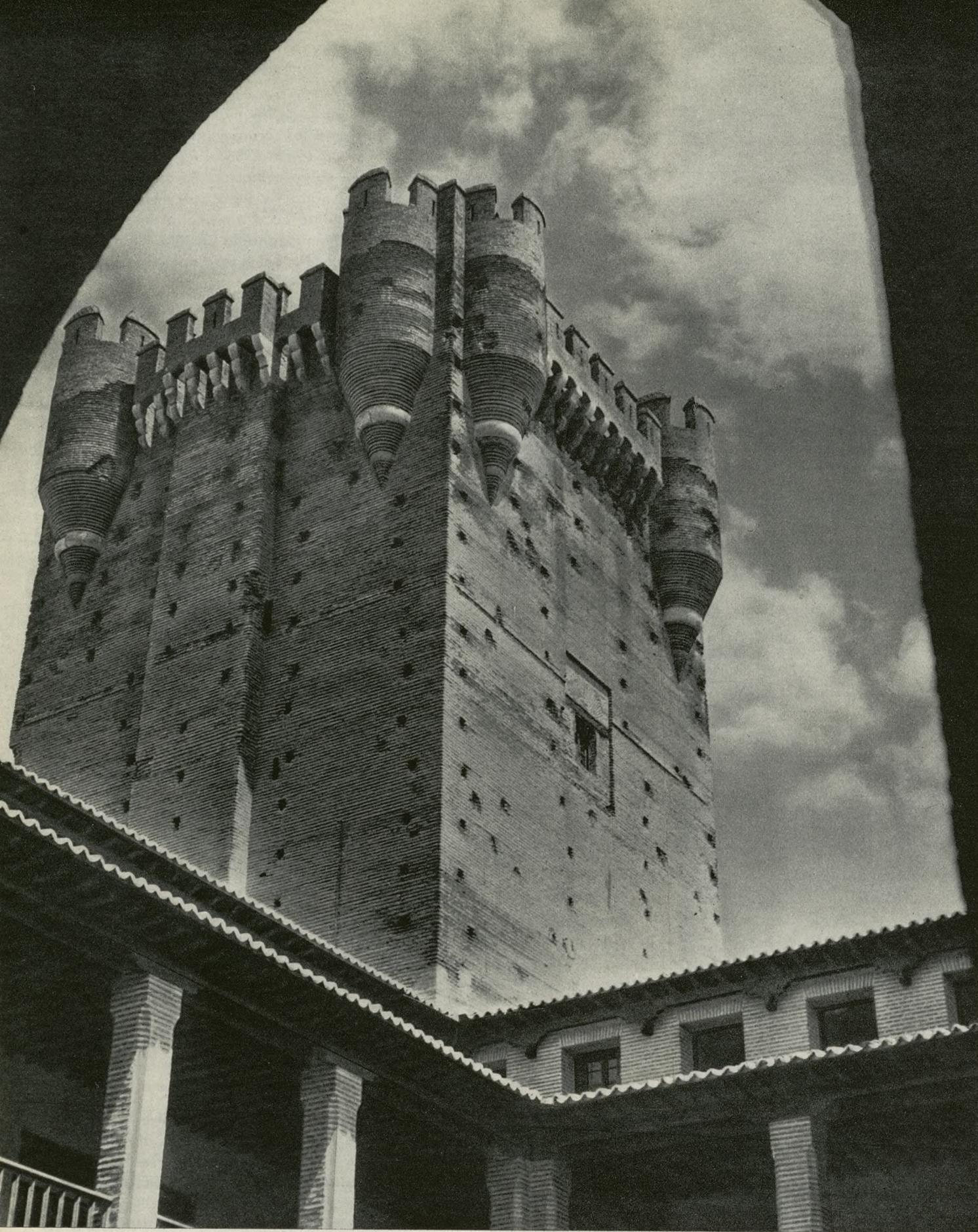
La parada en la estación era de un minuto, y el minuto ha pasado. El tren ha partido.

PIEDRA

Continúa su ruta por entre nubes de polvo—si es el verano—, atravesando campos y más campos abrasados por el resol. Cada muy pocos kilómetros, a la diestra o a la siniestra, se alzan, en medio de la línea tendida del horizonte, encabritándola, una catedral, un monasterio y otro monasterio y un castillo multiplicado por cincuenta castillos. Son los castillos, monasterios y catedrales de Castilla. Sus vigías, sus centinelas, sus adelantados de piedra. A horcajadas en ellos otea Castilla el porvenir y no echa en saco roto el pasado. Lo sólido, lo perenne, lo que no es caedizo ni puede derruirse con los años, lo que se queda donde se pone, inamovible ya por los siglos de los siglos: eso representa, ojo avizor sobre la llanura, estos reductos pétreos en los que se rompe los dientes el tiempo. Si hablaran, dirían: «Aquí aguarda Castilla la justicia eterna», como lo dijeron los Golfines al morir, en su palacio de Cáceres, grabando sobre la lápida funeraria el desafío.

Piedra. Polvo que no es polvo. Para erigirlos, el hombre ha bajado en su busca hasta las entrañas de la tierra: ha removido la costra de arcilla imperdurable; ha movilizó ejércitos de brazos: picapedreros, canteros, maestros de obras, artistas del peso y el cálculo... La ha transportado en cientos de carros de bueyes, a lomos de mula, sobre el sudor y la muerte... Ha roto sus aristas, domeñándola, midiéndola, infundiéndola heroísmo y fe. La ha prestado el rigor de la geometría, la gracia del vuelo de las aves y la resistencia de una muralla. La ha elevado del suelo al cielo!

Piedra sobre piedra, estas catedrales y castillos que desde el tren el viajero divisa, con los cubos de sus torres y sus afligranadas agujas llameando a lo lejos, representan la voluntad empedernida de Castilla por salir de la «cueva», del subterráneo entre adobes de que Dios la hizo y donde, para probarla, la metió. Son su sueño pétreo de redención del barro. Su alma de piedra inmortal.



Torreón del Castillo de la Mota, en Medina del Campo (Valladolid)

PUEBLO REY

Ni que decir tiene que no hablamos de la Castilla geográfica que el viajero conoce por los mapas—aunque ése sería nuestro deber de cronistas—; la Castilla de las guías de viaje del Patronato Nacional del Turismo; la que está en las historias y anduvo en lenguas de la leyenda negra; Castilla vista y oída, la escrita y descrita, para bachilleres y mirones de calzón bombacho. No. Apuntan a otro blanco nuestros tiros. Con palabras gratas a Unamuno, su más perspicaz intérprete, a la «intra» Castilla, cuyo espíritu él fué el primero en desentrañar. O en inventar, ¡vaya usted a saber! Espíritu de un pueblo soberano, «pueblo rey», que mamó en las ubres de Roma eso de hacer «obra de romanos», y es por eso—como el acueducto de Segovia—«obra él mismo de veras regia y verdaderamente popular»: un código de justicia y de honor. ¡Las Siete Partidas de la dignidad del hombre! Sus raíces se hunden en la memoria de Dios, que las imprime sin palabras en la rectitud de los álamos, en el rigor del clima, en el ascetismo del paisaje... El artículo primero (al menos el primero llegado hasta nosotros) lo traduce ya Rodrigo Díaz de Vivar en Santa Gadea, cuando la primera jura exigida a un rey por un su vasallo. No resistimos la tentación de copiarla del tan poco sospechoso poema de Huidobro:

«La jura de Santa Gadea prueba que el Cid no es sólo guerrero y sabe ven-

cer y defender su patria, sino que también es capaz de defender los derechos de su conciencia y de la conciencia de su pueblo—dice.

En él se encarna en este instante la libertad y los derechos del hombre frente al Poder.

Este no es un momento español: es un momento universal.

Emocionado, a pesar de él, don Alfonso aguarda de pie ante el altar, y de pie ante el altar, el Cid es la conciencia del mundo.

El Cid coge los Evangelios y los abre sobre la conciencia humana. Pone el rey la mano sobre el libro sagrado.

La atención general es sobrecogedora. Se diría que el mundo cuelga de un hilo y que ese hilo va a cortarse.

—Rey Alfonso, ¿juráis que no fuisteis parte en orden de la muerte del rey don Sancho, mi Señor?

—Sí, juro—contesta Alfonso, palideciendo.

Dice el Cid:

—Si vos mentira juráis, quiera Dios que os mate un traidor que sea vuestro vasallo.

Así sea—contesta, trémulo, Alfonso.

—Rey Alfonso, ¿juráis que no fuisteis parte en consejo de la muerte del rey don Sancho, mi señor?

—Sí, juro—repite el rey, blanco como un invierno.

—Si vos mentira juráis, quiera Dios que un puñal de villano os atraviese la espalda.

—Así sea.

—Rey Alfonso, ¿juráis que no fuisteis parte ni en pensamiento de la muerte del rey don Sancho, mi señor?

Sí, juro—responde el rey, albo como un cadáver.

—Si vos mentira juráis, quiera Dios que el que os matare arroje vuestro corazón a los perros.

—Así sea—ruge el rey—. Y ya es demasiado, Rodrigo, de un vasallo a su señor.

—Vasallo no era; sólo ahora lo soy. Ayer no quise besar vuestra mano; hoy la beso si me la dais.

¡Paso al rey!

Nobles e hidalgos abren cancha y Alfonso VI sale del templo ágil, liviano, recién nacido.»

Rey nuevo, rey puesto, rey en justicia. El pueblo, en Castilla, busca poner en manos limpias la vara de mandar. «Un señor que no se le pueda morir».

PAN Y VINO

Caminando por su meseta, incluso por la de nuestra Castilla ilusoria, el viajero no debe pasar cuidado cuando agote sus provisiones. Es cierto que falta el aceite con que dar pábulo al aticismo, a la lámpara de la filosofía; pero, por lo demás, en Castilla hay de todo, para lo malo y lo bueno. Mantecadas en Astorga. Fruta del tiempo en Avila. En Logroño, un «vaso de bon vino» y pan en abundancia en casi el resto de ella. Arriba, en la Tierra de Campos, por marzo y abril los sembrados verdean que da gusto. Bajo la brisa, las espigas recuerdan el rumor y el movimiento del mar, y es este recuerdo vivo el que hace que la nostalgia del castellano por la costa no sea dolorida.

¿Se equivoca «Azorín» cuando piensa que «está muy lejos el mar de estas campiñas llanas, rasas, yermas, polvorientas; de estos barrancales pedregosos; de estos terrazgos rojizos, en que los aluviones torrenciales han abierto duras huellas; de estos mansos alcores...?»

Hay un mar en Castilla, cuya canción puede oírse en el ir y venir de los tallos: semejante a la de las olas, y una bruma sobre la raya de su horizonte: y

el viajero a su paso. Andan sin ver. Les llama desde lejos el alarido de la muchedumbre, la voz de la sangre de los hombres que mueren matando, y todo lo demás no les importa.

Calienta el sol. En el anillo de la plaza, cerrada con carros y travesaños de madera, la gente empieza a ver visiones y soñar cosas imposibles. Una de ellas, las Indias; otra, su conquista y repoblación. Pueden pensar que no estoy en mi entero juicio o que estamos locos todos; pero a esta verdad me atengo: América es el gran sueño de una tarde de toros en Castilla, el resultado de una gran «soñarrera» colectiva de verano, a la que debe su origen. Por eso su destino es sangriento y es solar, ajeno a la razón. Razonando, nadie es capaz de pensar cosas de ese jaez, tan fabulosas, y, mucho menos, de engendrarlas. Se precisa soñar despierto; estar presente en el ruedo y gritar ¡olé! desde el tendido; perder y mantener a la vez, la cabeza sobre los hombros. ¡Ir a los toros!

El viajero que los conozca solo de referencia, sin haber sufrido y gozado en ellos, ¿qué sabe de la muerte vivida en común? Y sin embargo, ahí está el intrín-gulis del heroísmo español y su arrogancia. En los toros Castilla ensaya el último gesto, se emborracha de vida para no descomponer la figura cuando llega la hora de morir en pie.

¡Fíjese el viajero en el espectáculo! Los carros están atestados de público. Entre las ruedas y los maderos asoman la cara multitud de muchachos, dispuestos a no perder detalle de lo que en el ruedo pase y a saltar dentro en cuanto los mayores se descuiden. Vuelven la cara las mozas...

Quieto en medio de la plaza, solo y como atornillado al suelo, un hombre ha alargado el brazo y ha gritado: «¡Je, je, je!» Desde largo, el toro se ha arrancado derecho: el toro ciego y sordo que ha visto traer por los caminos el viajero. ¿A qué espera el hombre para moverse? La muchedumbre se traga el aliento y en toda la redondez del anillo no se oye una mosca. Caen a tierra el monigote. De la ingle le mana una oscura mancha de sangre, verdaderamente humana, sangre de carne y hueso. Se levanta. El toro vuelve a embestir y el hombre a caer. Suenan clarines, pitos, tambores, gritos... Las mujeres se arrancan claveles del pelo y los tiran a la arena. Arriba arde el sol.

¡Castilla, amigos, está de fiesta!

RUINAS

Castilla, la gentil y la bravía.

Castilla, de grisientos peñascales,
pelados serrijones,
barbechos y trigales.

Castilla, azafranada y polvorienta.

Castilla, visionaria y soñolienta.

Castilla, hidalgos de semblante enjuto.

Castilla, trajinantes y arrieros,
mendigos rezadores
y frailes pordioseros...

Como la piensa Antonio Machado en versos sonoros, con la sombra de Soria y de su triste vivir en Soria, al fondo.

Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas!..

Y ruinas. Si el viajero no se ha fijado antes, repare en ese poblachón donde acaba de asistir a los toros; o en esa añosa encina que se retuerce junto al camino;

o en el puente del río entre peñascales que atraviesa en este momento... Hay álamos, chopos, pinos en su orilla (rectos como espadas, porque «caballero, en Castilla no hay curvas»), pero el puente está desconchado por el incesante paso de los peregrinos y las bestias; a la encina le ha salido en la corteza llagas, y del pueblo, pasada la algarabía sangrienta y festiva, se ha adueñado el silencio. Las fachadas de las casas muestran desconchones y averías; están corroídas por la intemperie las ventanas, y los quicios de las puertas y en las talanqueras de detrás, en los corrales, hay perros dormidos con el rabo entre piernas que ni ladran ni se mueven. De mes en mes, un carrillo que cambia loza por trapos entra traqueteando hasta la solitaria plaza, descarga su mercancía al pie de los muros de la iglesia y allí se queda. Del interior va sacando el trapero tazas para el desayuno, platos, jarras, aguamaniles, algarrobas..., mientras por el cielo cruza el vuelo largo de las cigüeñas, con su culebra o su lombriz en el pico. Parece mentira, pero esta pequeña taumaturgia del trapero basta a conmovir la grave parsimonia con que el pueblo vive, que es la parsimonia castellana de quien sabe que todo se lo debe a su honradez y a sus obras y, por añadidura, a los designios de la Providencia. Hay que no confiar en nadie ni esperar de la fortuna que nos saque de apuros o nos traiga en bandeja de plata el porvenir—está obligado a pensar el castellano—. La experiencia le dicta que el mañana será igual que el hoy, y el hoy igual que el ayer, y el ayer es ya sólo recuerdo; decrepitud, pura ruina; telarañas entre la piedra, carcoma en el corazón de la madera, polilla dentro del arca... ¿No oís la imperceptible elegía del desmoronamiento? Con su podredumbre, las ruinas hablan al alma de Castilla el lenguaje del «polvo eres y al polvo has de volver». Son su Miércoles de Ceniza. De ellas rezuma la «agria melancolía» que el viajero siente como un agua amargosa andando por sus posadas y mesones.

¡y este filtrar la gran hipocondria
de España siglo a siglo y gota a gota!

PALABRAS PARA TODOS

Recuerde el lector el «¡Abajo la Torre de Babel!» que al principio escribimos. Con esa especie de grito contrarrevolucionario vamos a dar por terminada esta fantasmagoría sobre la tierra castellana y su espíritu. No fué ni será nunca un grito caprichoso, sino la expresión más fiel de lo más universal que Castilla tiene, que es la lengua, el idioma, el verbo... Con palabras muy claras lo dice Sempronio en «La Celestina», refiriéndose al hablar confuso: «Dexa, señor, esos rodeos; dexa esa poesía, que no es habla conveniente la que a todos nos es común, la que a todos no participan, la que pocos entienden.»

Castilla, patria universal, necesita para la propagación de su universal credo ser la lira de Dios en la tierra, y entonces inventa un idioma que hable de El a la Humanidad, limpio, directo, sin afectación, «ni rizos»; ni encrespos; ni afeites; como el vestido de la perfecta casada». Un idioma para ir al grano, que comienza buscando «solución al problema lingüístico de la península con la gramática de Nebrija»—según don Ramón Menéndez Pidal—y termina en elegante y graciosa lengua—al decir del valenciano Narciso Viñolas—, «la cual puede muy bien, y sin mentira ni lisonja, elegantísima ser llamada».

En ella está contenida, como en un pomo de esencias, el aliento del sol, las ruinas, los árboles, los rectos caminos, los fantasmas y los santos y los mendigos de Castilla. Algo muy divino y muy humano, muy ideal y muy real, muy sancho-pancesco y muy quijotesco. Santa Teresa, Cervantes... Un espejo donde todos los hombres que se miran se reconocen.

¡Castilla del desdén contra la suerte,
tierra inmortal, Castilla de la muerte!

Castillo de Berlanga de Duero (Soria)

